SUPLEMENTO DOMINICAL

EL DIARIO

ARTE Y LETRAS

La Paz, Domingo 24 de Febrero de 1952.

Doña Lucrecia Sansoles



Primera Dama Española que llegó a La Paz

Por Luis Felipe Vilela

A los bizarros tercios que en 1547 organizó el Presidente La Gasca con objeto de pacificar el Perú, hallábase incorporado el capitán español don Juan de Rivas, anteriormente avecindado en Lima.

Después de la acción de **Saxahuana**, bajo el mando de Alonso de Mendoza, cúpole figurar entre los fundadores de la nueva ciudad, erigida bajo el Patrocinio de Nuestra Señora de La Paz, y como un homenaje a la pacificación de estos territorios.

El Cabildo reunido en el pueblo de **Laja** para tal objeto, el 20 de octubre de 1548, le eligió Procurador de La Paz. Ratificóle ese nombramiento, según consta en el Acta de Fundación, suscrito solemnemente en el Tambo que el **Inca Huayna Khaapac**, en una de sus visitas mandó construir en Churupampa o San Sebastián, en las pertenencias que fueron de los Caciques de **Choquiago Marca, Tintuya, Uturunku, Quirquincha y Chuqui-Ima.**

Algunos días después de este acontecimiento histórico, se dirigió a la capital virreynal, con objeto de dar parte de su cometido, llevando consigo una copia del Acta de Fundación de la nueva ciudad. Cumplidos que fueron aquellos menesteres, retornó acompañado de su esposa, doña Lucrecia Sansoles, dama de singular donosura, la primera mujer española que vino al Alto Perú.

Se había hecho tradicional en América la forma de repartición de tierras, entre los colonizadores. **"Hasta donde llegue la vista"**, rezaba la costumbre. O bien, disponía la ley: **"Hasta donde alcanza un caballero en dos jornadas en su corcel"**. Esa era la base del anacrónico derecho de posesión, impuesto por el injusto régimen feudal que creó la encomienda y sistematizó el esclavismo aún predominante en nuestras democracias.

El gallardo Capitán Juan de Rivas, había alcanzado por el S. E. hasta la comunidad de **Llojeta**, a media legua de **La Paz, mientras otros tomaban** las regiones de Obrajes, el Río Abajo y el partido de Yungas. Además el Presidente La Gasca, en reconocimiento a sus servicios, le había otorgado en encomienda el pueblo de Anco—Anco, con un dilatado campo entre **Sopocachi** (Shapa—kkachi) y **Achokalla.**

En lo que se refiere al reparto de terrenos en la ciudad, como a vecino fundador, le fueron concedidos ingentes solares, principalmente en la actual **"Plaza Murillo"**, lugar donde se levanta el Palacio Legislativo. En aquel sitio, centro de la población, su propietario mandó levantar una arcada de piedras y ladrillo, conservada en su integridad hasta 1880. Servía de estrado a los Juris para las justas, corridas de toros y otros espectáculos públicos.

Más de ochenta españoles, algunos casados con americanas, formaban el vecindario. Entre éstos distribuyénronse los cargos y privilegios dependientes de la Corona.

En aquella incipiente sociedad, el mayor incentivo constituía el oro. **"Había que probar fortuna"**. Por algo se mantenía intacta la leyenda de Chuquiaho, entraña aurífera siempre fértil, que en lengua aborigen significa semente de oro. **La ambición**, esa deidad pagana, antes desconocida en **América**, había erigido su culto en la ciudad del **Illimani.**

Día a día aumentaba la heterogénea población. Así que pronto se dieron cita, hidalgos, aventureros, villanos y malsines. Estos infiltrándose en el ambiente zahareño del nativo para sojuzgarlo a su coyunda. Y aquellos, con el propósito de cimentar los sillares de una nueva casta social. Clase aristocratizada, respaldada por extensos fundos, condados y otras prebendas.

En aquel ambiente sugestivo apareció en escena Dona Lucrecia Sansoles, cuya nombradía ha llegado hasta nosotros a través de borrosos manuscritos.

Hay mujeres inspiradoras que llevan un sino histórico a su época. Unas con su belleza deslumbrante. Otras con su exquisita fascinación espiritual. Y las más por ese poder misterioso con el que vaticinan el futuro. Influyen en el ánimo de los hombres y dan un giro inesperado a los acontecimientos. Doña Lucrecia era de esas excepcionales mujeres.

Su personalidad podía lindar entre **Santa Rosa** de Lima y la **Perricholi**, para no referirnos sino a dos tipos representativos de nuestra raza hispanoamericana. Temperamentalmente era de una encantadora y frívola feminidad. Más tarde, había sin embargo, de tornarse al más recoleto misticismo. Y por su recogimiento religioso llegó a convertirse en paradigma de santidad.

La garrida y esbelta esposa de Don Juan de Rivas era oriunda de Madrid. En lo que a linaje se refiere, ostentaba los más rancios pergaminos y blasones de noble ejecutoria. Apesar de su señorío no era amanerada ni soberbia, sino generosa y amable con los humildes. Poseía poco menos de treinta años cuando vino a La Paz. Su rostro era atrayente. De facciones perfectas. Con un acento de serenidad y de ternura. Dos grandes ojos morunos, velados por una vaga sombra de melancolía, le iluminaban graciosamente el semblante.

Según rezan algunos empolvados cronicones, belleza tan singular, dió origen a más de un chisme. Y más de una vez se cruzaron los rivales aceros por la donairosa castellana.

Y ¿qué podía hacer para impedirlo, si toda ella irradiaba belleza?. Su delicada prestancia y feminidad pronto le atrajeron apasionados admiradores y desaprensivos galanes. Por otra parte, su munificencia no tuvo límites. Dió abrigo y solaz a los desamparados y socorrió a los menesterosos. Empero, no era sólo la nobleza de su alma la que inspiraba simpatía. Era sobre todo, su peculiar talento, su sagacidad y discernimiento en los negocios relacionados con la política colonialista. Estas cualidades la convirtieron en obligada consejera de gobernadores, alcaldes, regidores y demás autoridades, que solicitaban alguna consulta para que absolviera los más intrincados problemas.

Cuando en 1554, su esposo, el Capitán Juan de Rivas fué elegido regidor del Cabildo, un súbito acontecimiento vino a turbar, en cierto modo, la apacible existencia de Doña Lucrecia. Se esperaba la llegada del Virrey Toledo. Con este motivo, hubieron fiestas en su honor, misas solemnes, salvas. Y por las noches banquetes, luminarias, bailes con la concurrencia del vecindario.

Entre los circunstantes hallábase un sujeto apuesto a quien apodaban "el chapeton Vargas". Este, al parecer, estaba prendado de la noble señora, sin ella sospecharlo. Y dábase maña para vencer los obstáculos que podían oponerse a sus devaneos. Erase un aventurero "don Juan", que con los mismos arrestos del **Burlador de Sevilla"**, podía decir cual el personaje de Tirso de Molina:

—"El burlador y el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejarla sin honor"...

No le faltaron audacia, mocedad ni galanura. Y, además, bordoneaba la guitarra que decía las sutilezas que la prudencia de los labios le impedían. Su pasado, si es que lo tuvo, no era muy edificante. Había sido expulsado del Seminario de Lima, por rebelde, donjuanesco y pendenciero, amen de otras picardihuelas.

Después de aquellas fiestas en honor del Virrey de Toledo, casi todas las tardes, pasaba "la oración", aún la hora de queda, deslizábase furtivamente al pie de la reja del postigo para cantar su cuitas a su adorada señora, sobre todo, en las apacibles noches de luna. Tras de largo asedio al fin hubo de rendírsele la plaza, no sin antes engañarla con fútiles promesas que jamás habrían de cumplirse. Para ello la oportunidad no se dejó esperar. El esposo de Doña Lucrecia, uno de los vecinos más laboriosos y honrados, que gozaba de gran ascendiente, **"mereció la confianza del Virrey"**, quién lo llevó en su compañía, expedición al remoto país de los Chirihuanos.

Al retorno de aquel territorio realengo, el seductor huye, sin un maravedí en la faltriquera, temeroso no de la tizona de Don Juan, sino del predicamento que le confería su autoridad de cabildante. Poco tiempo después, en una de las propiedades del **Río Abajo**, Doña Lucrecia daba a luz a una niña, ante el asombro y murmuraciones del vecindario.



RETRATO Por Fernando Guarachi

Según el cirujano médico Juan Viscaino, Don Juan de Rivas, de los Chirihuanos regresó con tercianas —fiebres intermitentes y escalofríos que minaron su delicado organismo. Más que el dolor físico influyó en su ánimo aquella borrasca moral que ensombreció su existencia. Su dignidad había sido enlodada por la protervia y la felonía. Turbado su pensamiento, el espíritu quedó enfermo, después de aquella incidencia. Alma romántica la suya. Para sobrellevar su amargura, se refugió en la soledad de su villa. Su orgullo y nobleza de hijodalgo estaban mancillados. Su alma se extinguía en letal y doloroso desengaño.

Por aquel tiempo, incidentalmente se quemó el techo de paja de la Parroquia de San Sebastián. Atribuyeron el hecho a algún maleficio. Más, la desgracia parecía enseñorearse a porfía en la familia del Capitán de Rivas. Era 1568, cuando súbitamente, un sismo vertiginoso, sacudió al pueblo de Anco—anco, y lo hizo desaparecer, quedando solamente dos cenagosos pantanos, (Actuales sitios de Tembladerani, Llojeta y Sopocachi). Es entonces que el vecindario se alarmó. Creyó ver en el desastre el castigo divino. Doña Lucrecia, de suyo afable y comunicativa, cayó en el más acerbo pesar y escepticismo. Se le zahería y malquistaba, anatemizando su conducta **"desleal"**. En vano había cedido con verdadero desprendimiento un amplio terreno en 1563 con destino a la edificación del convento de los agustinos. (Actual Palacio Consistorial) ¿Qué podía contra los designios de la Providencia?

Las flaquezas humanas había que pagar en dolor.

El atribulado Capitán de Rivas, presintiendo mayores desdichas en su ya desquiciado hogar, **"ofreció una renta de tres mil pesos para la fundación de un Colegio de la Compañía de Jesús"**, cuya obra recién pudo iniciarse en 1582, **"bajo la advocación de la Santísima Trinidad, siendo fundadores Rivas y su esposa"**. (Autiguo Loreto).

Algún tiempo después, era el año 1584, ante la consternación general, el Regidor Rivas moría después de larga dolencia, siendo enterrado en el cementerio del Loreto. Este edificio histórico, que fué el primer convento de la Compañía, sólo fué estrenado el 8 de marzo de 1586.

Una honda congoja embargaba el alma de Doña Lucrecia. Para desahogo de su angustia le quedaba solamente el solaz de las lágrimas. En la umbría del huerto su oratorio. De hinojos acallaba el torcedor de su alma. Alguna vez allegábase su única hija Mencia Vargas que había sido desposada muy joven.

Transcurrieron varios años. Y doña Lucrecia, aquella mujer de ojos soñadores, cuya belleza causara desvaríos, comenzó a perder la vista. Sus pupilas parecían más grandes. Adquirieron la pastosa vaguedad de la incertidumbre y el desencanto. Los laikas y brujos de Llojeta, aseguraban: **"Le ha entrado la gota serena"**. Según el fanático abusionismo de los peninsulares, era "el castigo a la infidelidad en el matrimonio". A la postre, la arrepentida pecadora, optó por renunciar a la vida mundana, sacrificando su belleza y su hacienda. Después de donar todo cuanto heredara de su esposo, a diversas instituciones religiosas, regresó a Lima. Con los recursos que le quedaban, a sus expensas fundó en la Capital del Virreynato, la "Orden de las Bernardas" o arrepentidas, profesando juntamente con su hija Mencia viuda de Tomás de Cuenca. El resto de sus días dedicó a la penitencia, muriendo santamente el año del Señor de 1619.

En el cuadro pictórico interpretado por el artista nacional Fernando Guarachi, que mereció el primer premio de Pintura en el Concurso Nacional convocado por el Comité del IV Centenario de La Paz, Doña Lucrecia se halla sentada, en un rincón apacible de su hacienda Llojeta. Es la expresión del pesar, transida por la amargura y la resignación. Empero, no exenta de aquella deslumbrante belleza. Exhibe, en la forma, el primor típico de las figuras "romanescas", que Romero de Torres supo enriquecer además, con su auténtico fondo zuloaguesco. Diríase un juego de grises perlas. Expresado musicalmente en las Sinfonías grises de Beethoven. Realismo, tragedia, ternura y poesía. Un poeta nuestro, Juan Capriles, sensitivo enamorado de los ojos extintos de la divina ciega, líricamente ha interpretado esa vivencia:

"Tu poma, luz y aroma
ha pasado florida
a través de mi vida,
como blanca paloma!...

Tus ojos dominantes,
tan grandes y sombríos;
me dijeron en antes:
Tus ojos serán míos."

No ha faltado historiador que afirmase que Doña Lucrecia no fuera la primera mujer de raza española que arribara a La Paz, sino la monja Alférez, cuyas aventuras promovieron los más antojadizos comentarios. Según investigaciones realizadas por avispados cronistas del pasado, en el Archivo Nacional de Indias de Sevilla, se conserva **"El Memorial de los Méritos del Alférez Erauso".**

El mencionado documento, nos da la pauta de la verdad. Doña Catalina Erauso, o sea la Monja Alférez llegó a la ciudad de La Paz, el año 1610, cuando era obispo el Ilustrísimo Prelado Don Domingo Valderrama y Centeno, que fué el primer Pastor que tuvo esa Diócesis. Para entonces, la muy noble señora Doña Lucrecia Sansoles, hallábase en Lima como monja profesa y fundadora del Convento de las **"Bernardas".**

Defensa de la Historia Vulgar

Por German Arcieniégas

Los libros que suelen publicarse como libros de historia y que en realidad se limitan a relatar lo que hicieron ciertos gobernantes o guerreros tienen el gran peligro de ser lecturas muy entretenidas. Nada más agradable que conocer la vida de los grandes hombres, porque o son páginas novelescas y fabulosas, o, si la historia es la "pequeña historia" que llaman los franceses, nos sentimos mirando por el ojo de la cerradura, entrando acaso en la vida privada y.. de ahí derivamos el imperecedero placer que dan los enredos de comadres y el chisme de alta escuela. Sin embargo, es muy sensible que la historia tenga estos atractivos. Muy pocas veces la vida de todo un pueblo se retrata en la de un solo caballero a quien el azar, la audacia o la habilidad han encumbrado hasta las alturas del poder. Hay que acercarse al hombre de la calle, a la criatura vulgar que forma parte de la caudalosa muchedumbre de las ciudades o al campesino que se pierde en la pampa o la montaña, para convencerse de que sus preocupaciones son enteramente distintas de quienes hacen la política. Y, sin embargo, usted y yo, el hombre de la calle y el del campo, somos la nación. Quizá, de pronto, el gobernante y el pueblo se identifiquen de tal suerte como dos espejos enfrentados. Esto será un milagro. Pero el lector habrá de convenir en que la generalización de este milagro a todos los instantes de nuestra vida es posible. Para que la historia fuera una pintura fiel de lo que han sido la vida, costumbres, ilusiones, fracasos y triunfos de los argentinos, de los colombianos, de los peruanos, tendría que sumergirse en el mundo vulgar que nosotros vivimos, echar a rodar por las calles, treparse a los tranvías, democratizarse.

Lo que hoy ocurre con la historia es que ella invierte los términos de la vida social. Quienes la hacen olvidándose del hombre común, de usted y de mí, para concentrar la atención en torno al héroe, a la figura que hace más farol, hacen pinturas de príncipes, reyes, generales o caudillos civiles, pero esto es superponer unas biografías a lo que en realidad es el alma de una nación. Es así cómo el lector incauto y desprevenido ha llegado a pensar que en ciertos años de la vida de Francia, Francia era una levita gris y un sombrero de fuelle: la levita y el sombrero de Napoleón, o a creer que la conquista de México no fué sino el romance heroico y sentimental de Cortés. De semejante trastrueque en los conceptos ha surgido la pasión de quienes se debaten como fieras, los unos diciendo que la levita tenía botones de cuero y los otros que de oro; o de quienes se consumen limpiando de malezas árboles geneológicos; o de otros que arruinan sus juventudes y ancianidades tratando de saber cuál es el auténtico retrato de Quezada o si las cenizas de Colón están en la orilla Este o en la Oeste del Atlántico.

Hoy, el problema esencial de la historia consiste en buscar el otro término que han dejado intacto los narradores de vidas heroicas, para caer en este plano miserable donde se mueve la gente común. Mientras el gran capitán hacía brillar la punta de su espada, debemos indagar que era del artesano conocido, del labriego olvidado, del señor anónimo que tenía un negocio de paños o del pescador que remendaba velas en un puerto sin nombre. La plebe, la burguesía, los que son mayoría en la nación, deben tener también su historia. Una historia pobre y vulgar, como es la de todos nosotros, pero del fondo de la cual surgen las direcciones esenciales de la vida en sociedad.

Con la llegada del cristianismo, la cronología se dividió en dos direcciones, y a la nueva era que entonces se inició, se la llamó y se la sigue llamando "era vulgar o "era común". Para la historia no parece haber llegado esta era. Los historiadores se refugian en un círculo aristocrático. Y apenas se inicia cierta reacción a través de quienes se atreven a hacer historias de las costumbres o historias de la vida popular.

Para reducir todo lo que vengo diciendo a términos un tanto simples, pero gráficos, diría yo que hasta ahora ha venido escribiéndose la historia política de los pueblos: no su historia natural. Como es notorio, nuestra aspiración no puede ser más modesta: pedir que se escriba algo natural. Y en esta forma, aún podría hacerse la historia natural de la política: y mostrar en qué forma engrana con la realidad y con la vida todos esta manifestación, a veces tan monstruosa, de nuestra existencia. Quizá un estudio semejante contribuyera a establecer el valor superior del pueblo, de la nación, sobre la política. Aspiración ésta de la democracia, contra la cual conspira la historia cuando oscurece la vida de todos hinchando la de los caudillos, que así crecen como la perra de Cervantes.

Naturalmente, el fondo de la vida de todos nosotros es contradictorio y está lleno de sorpresas. De su turbia entraña salen de cuando en cuando grandes conductores, y si hubiera menos engreimiento en quienes hacen la crónica del mundo y se hundieran sus ojos en lo que piensa y siente la corriente de los nadies, quizá se explicarían muchas cosas, de las que suelen tenerse por diabólicas, providenciales o imprevisibles.

En el caso de América, todas las reflexiones se nos hacen más decisivas. No hay capítulo a donde llegue nuestra imaginación, a todo lo largo de los tiempos pasados, en donde la contraposición entre la figura mitológica y el pueblo no estén presentes. En la época de la conquista, fueron tan avasalladores en su personalidad los conquistadores, que al historiador se le han perdido de vista el alarife, el herrero, el carpintero, el panadero, que venían en las carabelas revueltos con cerdos y gallinas. Es cierto que esos peones de la conquista hicieron en la colonia, algo más de lo que se supone, pero la historia quedó suspensa del mascarón de proa.

Desde luego, hay algo muy curioso. De ese rezago humano que desempeñando los oficios menores en las expediciones surgieron los grandes hombres de la conquista. Ningún Cortés, ningún Pizarro salió de Cádiz como cabeza de nada. Quienes venían a América con títulos ganados a fuerza de intrigas o dinero en la corte, se quemaron todos en las llamas del trópico, se los tragó la selva, los achicó el mundo que iban a conquistar. Pero de la peonada surgieron conquistadores. De los nadies, que al embarcarse no tenían ni apellido, hizo la vida de aventuras capitanes y gobernadores.

Busque el historiador los títulos que recibieron al embarcarse por primera vez para América no sólo Cortés y Pizarro: Benalcázar, Heredia o Balboa, y verá que apenas si se les nombra entre los del montón. Ellos son los del pueblo que surgirán empujados por ese mismo ideal confuso y turbio que murmura en los ratos de ocio y que endurece el alma en los trabajos.

Quezada, como Benalcázar nace cuando se alza con sus tropas; Balboa, cuando salta del barril en que viajaba escondido y se presenta de sorpresa ante los que luego serán "sus" soldados; Pizarro cuando enciende la hoguera de su ambición en Panamá. Todos son como hijos de América y de la plebe. Pero no desemboquemos en estas vidas que por haber sentido el acicate de la gloria y la codicia han pasado a ser los figurones de la leyenda. Detengámonos sencillamente en los que entraron a la aventura por la aventura misma, por sólo ver la tierra nueva y experimentar las emociones de la empresa, cuya sustancia activa se fué por las corrientes subterráneas y quedó circulando en la oscuridad de donde nace el mundo. El que viene de peón, y sigue siendo peón; el que no abandona su sitio de carpintero; el que se contenta con ver encumbrarse a Cortés, su compañero, mientras clava tablones para darle cuerpo a una nave o realiza el milagro de reparar, con nada, una montura.

Esa formidable base humana en que se apoyaron los capitanes, construía en cualquier lugar de la costa de Florida o en el Pacífico, naves tan recias como las que salían de los astilleros de Cádiz. Penetraba hasta el corazón de los Andes y enderezaba ciudades sobre el plano elemental que ideaba el adelanto. Y mientras los grandes se movían de Sur a Norte y de Este a Oeste, enloquecidos por la fiebre del Dorado, los humildes iban [illegible], fundiéndose con el mundo americano.

Cuando la historia se mira desde abajo, y se humaniza, el mundo se mira más ancho y se hace más comprensible que desde el alocado mirador de las biografías. Lo que pierde en colores, lo gana en emoción humana. Es claro que un rey de terciopelo, ó un pequeño acorazado como era el caballero de armadura reluciente, o un general de plumas, son más decorativos que una muchedumbre. Cuando la colonia americana se mira a través de las galerías de virreyes, no parece sino como que se hubiera superpuesto una sota de bastos, de aquellas pintorescas sotas de los naipes españoles, al formidable caos en donde se elaboraba la sustancia futura de América.

Como es obvio, el historiador deslumbrado y amigo de la épica, no toma del puchero del mundo la sustancia que hierve en el fondo de la caldera. De esta suerte la historia no ha sido una pintura cabal de la realidad humana. Muchas veces ha preferido, en la vida de las naciones, lo caricaturesco a lo sencillo y corriente. Nada ha deformado tanto la visión del pasado como esa rama de las ciencias morales que justamente tiene por objeto estudiarlo y descubrirlo, y que hace alarde de búsquedas eruditas y de escrupulosa prolijidad. Por eso, no estaría mal invertir los términos de esta costumbre en la manera de escribir sobre los hechos pasados, y hacer una historia de América vista desde abajo.

"Círculo Femenino de Cultura Hispánica"

En el salón de actos públicos de la Bibliteca Municipal "Mariscal Andrés de Santa Cruz", tuvo lugar la posesión de la Mesa Directiva de esta nueva entidad de cultura y organización social, que se ha fundado en cumplimiento de una de las conclusiones del Congreso Femenino Hispanoamericano de Madrid, que tuvo lugar el año 1951. Bajo la presidencia de Pilar Primo de Rivera, espíritu de empuje y conductora de innegable acción, se llevó a efecto la Asamblea Intercontinental; habiendo estado Bolivia representada en dicha oportunidad, por una delegación electa y que hadejado el más grato recuerdo en la Península, habiendo sido elogiada reiteradamente por la prensa española y Americana.

El desarrollo del programa inaugural de las labores del nuevo Círculo en Bolivia, ha sido de verdadero buen gusto y elegancia. Los discursos y los números de arte fueron desarrollados con justeza, llamando la atención por la forma sencilla y depurada de todos y cada uno de los actuantes Después de las palabras de apertura de la señora Rosa Nava de Mendoza López, Directora-Delegada, que condensó en pocas líneas el sentido de la justa hispanoamericana en España, produjo un magnífico discurso o mensaje de posesión, la señora doña Alda Aguirre de Méndez, habiendo arrancado nutridos aplausos de la selecta como numerosa concurrencia, especialmente cuando se refirió a la prisión mediterránea de Bolivia, como causa de desarmonía en esta parte del Hemisferio, y al quijotismo de la política del buen vecino que resultó empobreciendo a Bolivia a costa de los apuros económicos por los que pasamos. La poesía "España", recitada por su autora, la señorita Beatriz Schultze Arana, sencillamente constituyó la apoteosis de un alma inspirada en el amor a la grandeza de la Madre Patria, y también arrancó una verdadera ovación cuando citó a Colón y el gran Bolívar, como símbolos de los acontecimientos históricos de América. El Dr. don Abel Alarcón, como siempre, fué el magistral intérprete del buen decir, y en medio de su bellísimo discurso recitó un soneto a Isabel la Católica, emocionando a la concurrencia.

Los números de música, magistralmente interpretados por la señora Mary Aparicio y la señorita Elsa Frier Eulert, dieron relieve a la velada literaria, mereciendo la emocionada congratulación de los concurrentes, que obsequiaron con ramilletes de flores a las actuantes.

Clausuró el acto el Sr. Encargado de Negocios de España, don Eduardo García-Ontiveros, con una magnífica exposición de exquisito gusto literario, citando a Ganivet, el maestro de la Hispanidad en su máxima expresión filosófica. Congratuló a las socias fundadoras del Círculo Hispánico a nombre del Gobierno que representa.

DISCURSO DE DOÑA ROSA NAVA DE MENDOZA L.

Hace pocos años que el sentido español de la vida contemporánea es una realidad en América, como fuerza espiritual de cooperación y entendimiento, gracias a la labor ponderada del Instituto de Cultura Hispánica, dignamente dirigido por el señor Alfredo Sánchez Bella. Es para mí sumamente grato dejar constancia de este hecho significativo, que marca época en las relaciones hispano—americanas de la Madre Patria.

Con motivo de la celebración del Congreso Femenino Hispanoamericano de Madrid, las mujeres de América cruzamos nuevamente los mares atraídas por la eterna tradición de la raza, como mensajeras del Nuevo Mundo que reconquista la trayectoria de su progenie, para juntarse en el regazo de la madre común.

Bajo la presidencia de Pilar Primo de Rivera, conductora y amiga, nos hemos reunido en Madrid los pueblos de esta parte del Hemisferio, representados por la mujer, para proclamar la declaración de principios de los círculos femeninos de cultura hispánica, que estamos organizando con fervor.

En ese primer Congreso se trazó cuidadosamente la ruta seguida por la mujer en distintas esferas del saber humano y en el de actividades profesionales; y las selectas delegaciones de España y América, cuyos aportes al conocimiento de los anhelos contemporáneos, alcanzaron la elocuencia y claridad de un convencimiento, cristalizándose en un cuadro preciso de doctrina y acción, que podríamos calificarlo como ideario de la hispanidad.

Sea Ana Fernandini de Naranjo, presidenta de la delegación del Perú; Rita Soarez de Andrade, del Brasil; Blanca Sinesterra de Carreño, por Colombia; Magda I. d'Angelo Rodríguez, de Argentina; Judith Huesca y Mejía de Prieto, de México; Sara Philiph de Izquierdo, de Chile; todas hemos elevado el nombre de América con unción hacia la obra inmortal de los Reyes Católicos, a quienes Dios les permitió realizar el descubrimiento del Nuevo Mundo.

La ilustre colega peruana propuso con sin par nobleza inscribir en la tumba de Isabel y Fernando de Aragón estas palabras: "ESPAÑA DIO POR ISABEL AL MUNDO, AMERICA; TIERRA DE ESPERANZA Y AMOR".— Más que epitafio este es mensaje de generaciones en alas del tiempo. Pues, con inefable acierto decía un escritor americano, que las carabelas de Colón han quedado ancladas en este lado de los mares; y ahora a las mujeres nos toca embarcarnos nuevamente e nellas para redescubrir el alma mater de nuestra antigua civilización, alistándonos en la cruzada de la hispanidad, que es la reconquista de lo nuestro.

Tal es el significado del presente directiva del "Círculo Femenino de Cultura Hispánica de Bolivia", constituído por el numero grupo de distinguidas damas que han acudido a mi llamado, con toda benevolencia, y que ahora está honrado por vuestra ilustre concurrencia, que la agradezco muy sinceramente.

DISCURSO DE DOÑA AIDA AGUIRRE DE MENDEZ

Sean mis primeras palabras de gratitud para aquellas personas que indicaron mi nombre, para la inmerecida distinción de que he sido objeto. Repito, como en el día de la elección que esa benevolencia me compromete a empeñar el máximo de mis fuerzas, al servicio del Círculo Femenino de Cultura Hispánica.

Repito, también, que no traigo méritos personales, pero sí el caudal de mi buena voluntad, mi fervoroso amor a la Patria, con el consiguiente anhelo de superación de la mujer boliviana y mi profunda simpatía por España.

Un voto de agradecimiento sincero para la señora Rosa Nava de Mendoza López, incansable en su afán de elevar a la mujer y de alentarla despertando en ella inquietudes que no tienen otra orientación que el bien de la misma mujer y de la Patria.

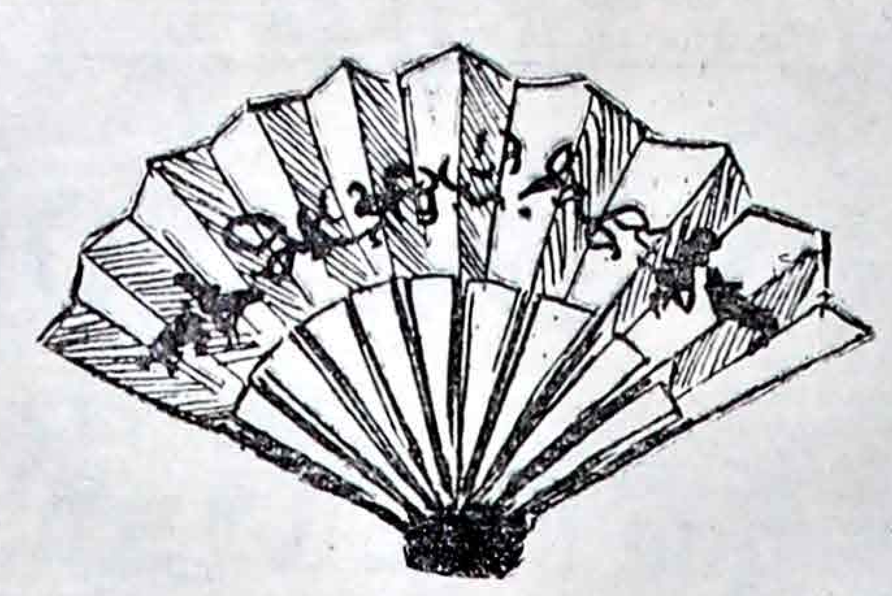
No sé si desgraciada o afortunadamente, nos ha tocado vivir una de las épocas más difíciles en la historia del hombre. La humanidad está dividida, como nunca en su trayectoria, en dos bandos o posiciones antagónicas que se disputan el dominio de un mundo abatido por el recuerdo de dos guerras recientes y horrorosas y la consiguiente secuela de crisis económicas, sociales y morales.

La enorme interrogación que se pinta en el horizonte del porvenir humano, nos impone una definición de nosotros mismos, algo que será casi una sentencia de "ser o no ser" para nuestros hijos y para los hombres que habitarán el mundo del mañana.

Por eso, creo que vivimos la hora en que ni la mujer, acostumbrada a la calma apacible del hogar, consagrada a los dulces deberes de la familia, puede permanecer a la espectativa, mientras experiencias extrañas pretenden destruír los más sagrados principios y derechos humanos.

El ideal de la feminidad sería para nosotros la consagración total de la mujer a los deberes afines con su condición y sensibilidad, si el presente no impusiera el innegable deber de la feminidad, de proteger y defender los principios básicos donde se asientan la sociedad y la Patria y que son: religión, hogar y moral.

No hemos pensado, un solo momento, revivir las escenas heroicas de nuestra historia. Veneramos y admiramos la memoria de una Juana Azurduy de Padilla, de una Simona Manzaneda o la de las mujeres de la Coronilla, pero creemos que la batalla del presente no se gana con armas que matan, sino con palabras



que convencen. Sólo el día en que las mujeres envuelvan el mundo con el eco de esas palabras reinará la paz y acabará el odio. Esas son las sencillas palabras que dijo una vez un hombre a quien la muchedumbre no conocía como Dios: "Amaos los unos a los otros".

Una predestinación, tal vez inmerecida, nos hizo nacer, a todos nosotros, en hogares de límpido ejemplo, donde, entre ternuras y mimos, recibimos el alimento material que nos hizo seres fuertes y la esencia divina de la palabra cristiana que nos formó el espíritu. Esa vida dulce y fácil, ese comenzar de seres felices, nos han hecho olvidar hasta hoy un deber sagrado que nos impone esa predestinación. Hay millones de seres en el orbe que no supieron jamás de alegría, otros hay sobre los que se cierne, día a día, el peligro de un monstruo que les ofrece pan y trabajo a cambio de su libertad y el sacrificio de toda su personalidad, negándoles hasta el consuelo de conocer a Dios.

Nosotros, mejor, nosotras, que nacimos en un mundo nuevo, privilegiado, sano por joven, libre por grande, vivimos, me atrevería a decir, en medio de un egoísmo inconsciente, aflojando cada día más los deberes y la disciplina, en un afán de vida fácil, disfrutando el presente, sin inquietudes por el porvenir. Los más grandes imperios, las más grandes civilizaciones marcaron su decadencia con el relajamiento de sus costumbres.

La visión del mundo actual, frente a las innovaciones del siglo que han afectado más a la vida de la mujer que a la del hombre, nos hacen volver la mirada ávida de un modelo, una norma de vida que detenga nuestro afán en la pendiente y surge, en nosotros mismos, la respuesta, se vislumbra la meta como un reflejo de nuestro propio ser, porque es una tradición y es una herencia: la tradición de nuestros mayores y la herencia de la hispanidad.

Hispanidad, que como dijo la señora de Mendoza López, "es una verdad de España surgida de su alma interior que se expande en América al través de la raza, el idioma y la religión, fervorizándonos en la fé del Catolicismo, en la vida familiar, en el trabajo, en el temple moral y la impasibilidad ante los obstáculos, que son las líneas centrales de la raza hispánica, aquende y allende los mares".

Urge, pues, un despertar del alma hispánica que afirme ante el mundo nuestra fé en Cristo, cuya doctrina es la única que puede salvar a la humanidad desorientada. Un despertar del alma hispánica por un mayor respeto a la moral, los principios, las instituciones, por volver a la austeridad en el hogar, establecido por el sacramento del matrimonio, uno e indisoluble.

Por eso las conclusiones del I Congreso Femenino Hispano—Americano que se realizó en Madrid en 1951, señalan la ruta trazada por acuerdo de un grupo de mujeres hispánicas que se vieron por vez primera, en el regazo de la madre común, España. Esas conclusiones que son un Acto de Fé por nuestra religión, son también la afirmación del ideal hispánico de la feminidad de la mujer en todas las actividades a que le ha dado acceso el siglo que vivimos.

Las mujeres de Bolivia tenemos fé en la unión de las mujeres hispánicas que laboren en sus respectivos países según la declaración de principios de dicho Congreso:

a) por mantener el concepto cristiano de la vida, reconociendo a todo ser humano como portador de valores eternos y dotado de tres dimensiones: sobrenatural, natural e histórica y capaz de perfección mediante el desarrollo de sus propias posibilidades.
b) por el respeto a la dignidad de la persona humana.
c) por la concepción de la familia, resultante del matrimonio indisoluble, como unidad fundamental de la sociedad.
d) por la estimación de la dignidad de la mujer, elemento básico para la existencia de la familia.
e) por el reconocimiento de los valores de las culturas aborígenes.
f) por la integración religiosa y militante de la vida considerada al servicio de un providencial destino de salvación.

Creemos también impostergable la necesidad de poner en práctica el mandato de Jesús: "Ama a tu prójimo como a tí mismo", interesándonos y empeñándonos en la evolución social de sentido netamente católico, según reza en el párrafo II, inciso 6 de las recomendaciones de la Comisión I del Congreso Femenino Hispano—americano.

Tenemos fé, también, en que la unión de mujeres hispánicas rendirá frutos de paz entre nuestros países americanos, porque los hijos congregados alrededor de una madre, olvidan rencores y enmiendan injusticias; por eso, repetimos ahora unas frases de lo que dijo la Delegación Boliviana en el I Congreso Hispano —Americano:

"No puede haber paz efectiva en un continente donde subsisten rencores y problemas sin solución".

"Nuevos ideales cruzan el Continente como brisas de paz. Una nueva conciencia hermana a los pueblos americanos en un solo afán de solidaridad y cooperación. Es norme establecida ya en América, la prontitud con que acuden los países, con el caudal de su amistad y colaboración, en ayuda del hermano en desgracia, víctima de sismos, revoluciones o cualquier calamidad".

"Bolivia siente la asfixia de su mediterraneidad, enclaustrada en sus montañas, sin gozar el legítimo derecho que tiene al mar".

"Los derechos del Hombre y el Derecho de los Pueblos, enarbolan fervientes la bandera de la libertad y, nosotras, ante esos pueblos hermanos y ante esa bandera, repetimos la frase de un gran boliviano: "Ningún país debe quedar desposeído del mar, que es expresión de libertad".

Por lo tanto, al reafirmar, ahora, nuestra fé en la hispanidad, lo hacemos con la convicción de que estará basada en los más puros principios de hermandad entre los países de nuestro Continente, porque no es posible concebir, dentro de la familia hispano—americana, que se vea con indiferencia la asfixia lenta de uno de los hermanos, entre abrazos y pactos de amistad, mientras el mar golpea los flancos de nuestras montañas...

Este Círculo, que acaba de fundarse al servicio del común ideal hispánico, tiene como primera aspiración atraer a sus filas a todas las mujeres de Bolivia que alienten alguna inquietud espiritual, a todas aquellas que simpaticen con la hispanidad, como medio de lograr el tipo ideal femenino: firme en su credo, fuerte en el deber, tierna en el sentir.

Deseamos agruparnos en un afán de elevarnos, comprendiendo la responsabilidad de vivir, porque creemos que todo ser creado tiene un destino que cumplir y los seres humanos. tenemos un destino consciente que cumplir ante Dios y los hombres.

Este Círculo pretende mantener una actitud de brazos abiertos hacia las mujeres de Bolivia que piensan y que sienten, alentando y divulgando valores nuevos, auspiciando charlas y conferencias periódicas sobre temas de interés general, recitales y conciertos, así como propendiendo a un mejor conocimiento de nuestra Patria y sus problemas, éstos para afrontarlos, aquella, para hacerla conocer en su verdadero valor, tanto en la labor de intercambio con los otros países asociados, cuanto en los Congresos Hispánicos que se realizarán cada dos años en los diferentes países de habla española.

Y, para terminar, unas palabras de la Madre Patria.

Conocer España es conocer un poco más de nosotros mismos; por eso el interés de este Círculo, de solicitar charlas relacionadas con los variados temas y aspectos que ofrece aquella. Porque España tiene tanto carácter en cada sitio, en cada pedazo de su territorio que sus imágenes se graban en la memoria con la fuerza que dan a los recuerdos las sensaciones de color o aroma y, porque todo en la Península tiene color diferente, de ese mosaico de contraste surge una armonía que llamamos España.

Siempre había pensado, y creí convencerme de ello en España, que en América, somos nosotros, los bolivianos, los que conservamos en casi toda su pureza la tradición hispánica, libre de otras influencias inmigratorias que no han podido llegar a nuestro retiro.

Todos sabemos que el gran Cervantes, allá por el año de 1590, solicitaba del Rey de España, como un premio a los servicios prestados a la Corona, la merced de venir a América como Regidor de la ciudad de La Paz. El destino, que se complace en contrariar la voluntad de los hombres, retuvo a Cervantes en la Península; pero no pudo evitar que el hijo de su genio, don Quijote, llegara a América y sentara sus bases en la meseta árida y extensa, en mucho semejante a la suya Castellana.

Así, tal vez, podemos explicar y justificar muchos episodios de nuestra vida, muchos curiosos hechos de nuestra historia que muestran, tantas veces, a los bolivianos, con las lanzas rotas, siempre en pos de un quimérico ideal.

Y qué fuimos al dar el primer grito de independencia en América y ser los últimos en lograr la libertad? Qué fuimos al dar siempre de nosotros mismos, sin esperar retribución? Qué, al sacrificar inmensas extensiones de nuestro territorio? Qué, al ceder generosamente, a precios misérrimos los principales productos de nuestra exportación, por los ideales de buena vecindad y panamericanismo?

¡Somos los Quijotes de América, somos los más hispánicos!

DISCURSO DEL POETA DON ABEL ALARCON

Señora Directora—Delegada del Círculo Hispánico, Señora Presidenta del Círculo Femenino de Cultura Hispánica de Bolivia, Señoras y Señores:

Como Presidente Honorario del Instituto de Cultura Hispánica, vengo a celebrar emocionadamente la fundación feliz del primer centro femenino de carácter hispánico; suceso de máximo alcance,, pues merced a él se coordinará la acción intelectual y humanitaria de la mujer en España y América, justamente a esta hora del mundo en que el obscuro materialismo debe ceder a la diafanidad de la ternura, a través de la que pasa la luz del ideal, del sentimiento límpido y de la acción noble enderezada al verdadero progreso, no a este que contemplamos hoy en que la ciencia se afana para obtener el elemento destructor; la de ayer se consagraba a lograr el creado por Dios para suavizar la vida de sus siervos.

Nuestra dama esclarecida Doña Rosa Nava de Mendoza López, que desempeñó con lustre la Presidencia del Honorable Concejo Municipal de La Paz, actual Directora — Delegada del Círculo Hispánico, en el acto de fundación Círculo Femenino de Cultura Hispánica de Bolivia, mostró en firmes líneas el programa con que se inicia la generosa cruzada femenil que ha de señalar nuevo rumbo en el consorcio de pueblos cultos, a mi sólo me corresponde manifestar la viva complacencia del Instituto de Cultura Hispánica por la fundación del Círculo y felicitar cordialmente a su digno Directorio recordando, eso sí, en esta primera junta inolvidable, la actuación brillante de nuestras damas que concurrieron como Delegadas al primer Congreso Femenino Hispanoamericano que tuvo por sede Madrid en el año de 1950.

La Directora—Delegada, en concepto lúcido, expresó que el desequilibrio actual del mundo ha colocado a la mujer al frente en la cruzada del cristianismo, tan grande, tan iluminada, tan hermosa, como la del descubrimiento del Nuevo Mundo, cruzada de amor sin vencedores ni vencidos, que impulsó el genio vigoroso y la blanca mano de Isabel la Católica, soberana vidente que reverencio diciendo:

Es Reina de las reinas; no hay al-
(guna
De quien se crea que su gloria em-
(paña:
La singular visión fué su fortuna
Y fué predestinada a suerte ex-
(traña.

A los que de oro y seda meció cuna
Rindió, y al consumar la grave ha-
(zaña
Dos lucientes coronas fundió en
(una:
Castilla y Aragón unen a España.

Luego, en Zubia, al muslime lo
(domina;
Su espada y cetro viven ese evento
En la gran Catedral, la granadina.

Descubre, al fin, descubridor fo-
(cundo;
Lo impulsa no con joyas, con su
(aliento:
¡Por ella y por Colón palpita un
(mundo!...

Y esta flamante cruzada de los Círculos Femeninos Hispanoamericanos descubrirá el camino de la paz para las naciones, pues toda su obra se inspirará en el sermón del Divino Maestro; sermón que pronunció resplandeciendo y cautivando corazones desde la cumbre de una montaña...

PLASTICA MODERNA

Exámen de los cuadros de René Dalence

Por Luciano DURAN BOGER

La sabiduría de Picasso es una pose de intelectualismo en fuga. No hay nada en el mundo que escape a la comprensión del hombre de talento. La armonía vibrátil en el buche de un pájaro es el lenguaje lírico del árbol y de la selva. No todo el mundo está capacitado para penetrar a la concepción del arte moderno, porque las grandes mayorías humanas son analfabetas e incultas. Pero, en una sociedad superada, cualquier ciudadano que pasea por las calles, deleitándose con su ociosidad improductiva, desentrañará las ideas abstrusas del geometrismo y abstraccionismo de los plásticos modernos.

Cualquier concepción **espiritualista o estetista**, es producto de la realidad de la materia visible o invisible, palpable o intangible. Así respondemos a Apollinaire.

Todo entendimiento—efecto de las funciones dinámicas del cerebro—es tan pasajero como la fragilidad de nuestros sentidos (ojos, boca, olfato, oídos, manos y el sexto sentido que parece haber ignorado Platón).

El único que dijo la verdad sobre el **arte moderno**, es, sin duda Jean Cacteau, al proclamar que aquél tiene mucho de engañifa espiritual...

El abstraccionismo geometrivista del plasticismo coloreado—en sus dos dimensiones—no es más que una derivación subjetivista de los elementos básicos del arte arquitectónico. Lo demás es lo de menos... Las pirámides de Egipto, son únicamente un símbolo de la perennidad de la piedra bajo el dominio del esfuerzo colectivo de aquéllas remotas épocas. Así replicamos a Julio Payro.

No hay nada que suplante a nada. Todo tiene su valor y su precisa ubicación cuando es obra de arte verdadera, a través de los tiempos. El arte clásico, el romántico y el moderno..., valen por igual, como expresión intrínseca del sentido estético del hombre en cualquiera latitud del Orbe. Que aprenda esta lección Joaquín Torres García.

Y, escuchemos a René Dalence:

—¿Qué denominación da a su posición pictórica?

—Netamente **abstraccionista**. No obstante de partir—en mi carrera—con elementos formales tomados de la realidad y otras del entendimiento surgidas también de la realidad.

—¿Cuál es su concepto sobre el todo real de la existencia universal?

—En mi posición de artista plástico, considero que el momento actual es de transición...(¿ ?).

—¿Su inquietud de creador?

—La trasunto en la tela encargada de responder a los problemas que me planteo en el orden estético.

—¿Y sus predilectos?

—Como orientación experimental: la **pintura constructivista** de Joaquín ción dorada o aurea, o lo que es lo mismo, un todo dividido en una media o extrema razón", nos ofrece bellas concepciones plásticas, depurando (por no decir **deformado**, esto lo digo yo como crítico), así la realidad formal de las cosas. Kaudinski, Klee y Picasso, porque con ellos incurro en el terreno abstraccionista.

Y ahora, interpretaré la obra armónica de Dalence, que se halla más o menos bien encauzado en la inquietud de la plástica modernista con su producción comprensible para gente intelectualizada muy distante de las ingentes masas analfabetas e incultas, no por culpa de ellas mismas, sino por los designios de la sociedad capitalista que se precipita por la pendiente de su derrota final...

El encuentro.—Una inmensa pupila pendiente del mundo celeste (aóreo, no divinizado, porque, felizmente, esa abstracción estúpida, no existe en la global perennidad del Cosmos) dividido por la hondura insondable de las tinieblas... Prosigue las gradaciones espirituales de la espaciación de un luminoso encuentro... Pero, bajo la pupila hay una garra semi-oculta. ¿Es felina o es humana? No importa su especie, porque ella está en posesión del predio verde de donde el hombre extrae los hermosos elementos de su propia subsistencia...

Fuga en verde.—Pura felicidad primaveral. Es un poema de inagotable vida vegental.

Minero.—He ahí la antinomia del anterior (n.º 2). Es la nota gris y amarga del subsuelo donde el auténtico proletario boliviano se encuentra brutalmente deshumanizado. La sanción histórica caerá implacable sobre la opulencia y el hartazgo estañiferizado...

Transparencia.—Objetivización diluída en un conjunto anímico por el color sin sombras negando la tercera dimensión.

Máscara.—Descomposición de los elementos materiales manejados por el pintor en un juego de líneas, con proporcionalidad planística.

Figuras en yeso.—Es la guitarra rivalizando con la figura de su símil, es una dislocación de glúteos con el limón dulcificado del vientre con que la bella durmiente se vuelve dominadora frente a su antípodo. Es la ensexualización de la materia en la mujer que no puede, gracias al todopoderoso, mirar sus íntimas profundidades...

Vitraux abstracto.—Acertada concepción del dinamismo retenido en los cristales que también es materia inorgánica.

Constructivismo 4, 5 y 6.—Perfectos. El cinco mejor que los otros, por el gesto aborigen comprimido en la actitud del movimiento anatómico aprehendido por la planificación arquitectónica en negación del folklorismo rutinario.

Ahora bien. René Dalence está en proceso de su propia búsqueda superativa. Debe abandonar el geometrivismo de su más caro predilecto, para encontrar hondura plástica en sus concepciones subjetivistas, si trata de lograr recia personalidad. Desde ya, está evidenciado el logrado manejo de la armonía del color, lo que constituye pulso firme del artista de talento, que soporta la crítica, porque no tiene la fatuidad de los geniecillos que abortó nuestra tierra altiplánica...

Dalence es hombre que sabrá madurar con sus propias experiencias, ofreciendo a Bolivia y al Continente, sorpresas de producción estética depurada.

Repito: el arte moderno no es incomprensible, porque es más cerebralista que intuitivo.

La Paz, febrero de 1952

FAWCETT

el explorador perdido

El explorador P. H. Fawcett, de larga y descollante actuación científica y profesional en Bolivia, durante los últimos años del pasado siglo, y otros del presente, desapareció el año 1952, tragado por las intrincadas y misteriosas selvas del Brasil. Se dijo entonces y aún se asegura hoy que, el coronel Fawcett, su hijo Jack de veintidós años y otro joven compañero, de apellido Rimell, fueron prisioneros y y después torturados por los indios salvajes de la inexplorada jungla. Nada se ha comprobado de modo absoluto, pero el final de esa vida útil, (sirvió a órdenes del general Pando en la delimitación con el Brasil) reviste la visión de una horrible tragedia.

La señora Harry Isacke, hermana del explorador, refirió, acerca de ese misterio, una extraordinaria narración.

El escritor inglés Hayden Church, cuenta su entrevista con esa señora del siguiente modo:

—"¿Cree usted, señora, que haya alguna esperanza de que el coronel Fawcett esté vivo? pregunté a su hermana Isacke.

—"Hace años que he perdido todas las esperanzas—respondió—pero por los bienes que hacía a los indígenas, me cuesta trabajo creer que lo hubieran matado. Mi hermano deseaba llegar al corazón de Matto Grosso y encontrar las perdidas minas de oro y plata de Moribeca...

"Le contaré a este propósito, algo extraordinario. Si yo depositara mi fé en lo oculto estaría convencida de su muerte.

Yo formaba parte de un grupo de amigos al que la famosa clarividente Nell S. Montague —que fué muerta en 1944 por una bomba voladora hizo esta revelación. Al entregarle Sir Ralph un trozo de papel, pidiéndole que lo colocara en el cristal y observara su contenido.— "Veo, dijo, un denso bosque en el que hay tres hombres blancos. Uno de ellos está en el suelo con la cabeza apoyada en el brazo y casi desnudo. No se mueve, parece muerto. Un poco más allá



sostiene en sus brazos a un joven. Tienen las ropas destrozadas y la barba crecida. Veo muchos salvajes armados de lanzas y garrotes. El cristal parece inundado de sangre. Se aclara nuevamente y muestra los cadáveres de los tres hombres blancos".

"Sir Ralph, nos declaró después de esta horrible revelación: —El papel que dí a la clarividente, era el reverso de la última carta que me escribió mi amigo Fawcett pocos días antes de internarse en la misteriosa jungla".—

Percival Henry Fawcett era un explorador místico que soñaba con cruzar el río de la Muerte, extremo

(Pasa a la pág. 3.)

PAGINAS DE "ESCENAS PATETICAS"

¿Qué es patriotismo?

Por Antonio González Aramayo

¿Existe en este país un verdadero patriotismo? Me refiero a ese amor profundo, noble y desinteresado por la Patria; no al vocerío callejero ni al patrioterismo de los políticos profesionales. No es patriota el que, en la tribuna o en la plaza pública, nos grita su patriotismo. Ni es tampoco ser patriota nombrarla en los banquetes con la copa de vino en la mano mientras se está inspirado por el generoso licor.

El patriotismo es algo más que eso. Amar a la Patria es poner todo el esfuerzo espiritual, moral e intelectual para enaltecerla y servirla en sus más sagrados intereses. Y no es aprendiéndonos de memoria los hechos heroicos de Bolívar o Sucre, o admirando las batallas de la Independencia, cómo hemos de amar a la Patria. Desgraciadamente, aquí no se tiene un concepto cabal de lo que es patriotismo, pues cada uno se lo imagina a su antojo. Se habla de patriotismo para servir a nuestras bajas pasiones y a nuestro egoísmo personal. Hablamos pomposamente de patriotismo en los discursos, desde los periódicos o mientras se come del presupuesto.

Pero los senadores y los diputados de este país —haciendo una honrosa excepción— son los que más nos hablan de la Patria y los que menos hacen y han hecho por ella. ¿Podríamos, en rigor de justicia, llamar patriotas a estos señores que no han hecho otra cosa por años que engañar al Estado y defraudar las esperanzas del pueblo? ¿Qué se puede pensar de esos ciudadanos, investidos como están de la voluntad y de los intereses del pueblo, que faltan a las sesiones camarales o llegan atrasados, o bien las abandonan al cabo de unos minutos? Posponer los sagrados intereses del país por conveniencias o asuntos personales, sabiendo que toda la Nación reclama urgentemente la solución de cien mil problemas y quinientas mil necesidades, no es tener patriotismo ni mucho menos.

¿Podemos considerar patriotas a quienes se pasan las horas parlamentarias leyendo periódicos o escribiendo cartas, mientras se están tratando asuntos de trascendental importancia para el progreso del país? ¿Son patriotas los que promueven y sustentan esas vanas y estériles interpelaciones, inventadas para "matar el tiempo", y de las cuales no se saca otro provecho que unos cuantos insultos o duelos?

Tampoco pueden ser patriotas los políticos y los gobernantes que medran del Estado, ni aquellos que siempre viven engañando al pueblo, prometiendo a los electores ingenuos grandes cosas, para dejarlos después sumidos en el olvido y la decepción. Pero ¿no es también el mismo pueblo, en gran parte, el que tiene la culpa de saborear sus propios desengaños? Completamente. Todo pueblo es el modelador de sus propios gobiernos, dice mejor de la clase de gobernantes y de hombres que desea para ser gobernado. Así, cada individuo no es también sino el único autor y responsable de la naturaleza de los pensamientos e ideas con los cuales va dando forma a la mentalidad nacional de su patria. Y mientras esa mentalidad sea la expresión del egoísmo y del materialismo, desprovista de elevados pensamientos y nobles ideales, así también serán los hombres que nos gobiernen, fabricados de la misma substancia.

¿Y hay patriotismo en aquéllos que trafican con el decoro y el prestigio del país, y que no hacen sino entregarlo cada día al capitalismo extranjero? ¿Pueden ser patriotas los defensores o abogados de las compañías extranjeras que están contra los intereses de la Patria? ¿Son patriotas los que, en el exterior, comercian vulgarmente con las necesidades del país?

Aquí se consideran patriotas los potentados y los millonarios. Pero ¿han hecho algo por esta tierra de la que han extraído toda su fortuna? En otros países, como los Estados Unidos, por ejemplo, los millonarios obsequian universidades, monumentos, bibliotecas. Construyen campos de verano para niños pobres y raquíticos. Pero entre nosotros, exceptuando al millonario Simón Patiño, por lo mucho o poco que ha dado al país, es el único filántropo al que se debe alguna cosa. En cambio, ¿qué han hecho los otros en bien de su patria? Ni siquiera ellos han levantado esas industrias. Compañías extranjeras se han ocupado de hacerlo todo. Y los extranjeros que hicieron plata en esta tierra, ¿han dejado siquiera un hospital o asilo como recuerdo de los millones que se llevaron afuera?

Los periódicos hablan también de patriotismo. Como si el patriotismo consistiera en ponderar los méritos personales de algún político de dudosa capacidad, o en buscar los favores de la opinión pública para determinado candidato o partido. Fuera de la política, ése es el único substrato del periodismo nacional, los diarios no tendrían aquí otra cosa de que ocuparse.

No pueden llamarse patriotas los que venden las columnas de sus periódicos a los adinerados, para defender intereses bastardos que no sólo están contra los intereses del país y del pueblo, sino también contra los mismos principios de la moral y de la justicia social. ¿Cómo podemos tener fe en esos hombres, ni creerles nada, si hoy defienden y sostienen una ideología y mañana echan por tierra esos mismos principios? Afortunadamente, como en todo, también hay periodistas probos y honrados. Pero son los menos. El periodista, así como el sacerdote, tiene una responsabilidad moral y espiritual para con el pueblo. No debe, no puede emponzoñar el alma del público con ideas perniciosas ni con mentiras; no debe coadyuvar a que suban individuos deshonestos e inútiles al poder; y tampoco debe, llevado por las pasiones políticas, sembrar el odio y la confusión allí donde sólo pueden tener cabida la verdad y la justicia.

Tampoco tiene patriotismo el pueblo que no sabe llevar a la legislatura nacional a los hombres capacitados y honrados, prefiriendo apoyar a los simuladores y charlatanes que viven de la política. ¿Y es patriota el pueblo que vende sus votos y su conciencia al primer audaz que se presenta? ¿Puede haber patriotismo en quienes se presentan borrachos a las mesas receptoras?

Pero nosotros, quizá más que patriotismo, necesitamos el sentimiento de unidad nacional. Es preciso romper con los prejuicios regionalistas y el odio entre departamentos. Si queremos subsistir como pueblo soberano e independiente, si deseamos evitar el hundimiento de la nacionalidad, tenemos que deponer las armas de ese vergonzoso odio regional. Aquí se confunde el afecto unilateral al departamento con el verdadero y único amor a la Patria. ¿Se puede llamar patriotismo a esas ridículas demostraciones públicas en las ciudades con motivo de los aniversarios departamentales? ¿Y hay algo más grotesco y absurdo que las manifestaciones callejeras donde se profieren "vivas" por la ciudad o por el terruño? ¿No es lo más lógico y patriótico festejar sólo el día de la Independencia nacional? Todos los pueblos civilizados del mundo, hace ya tiempo que han abandonado esas prácticas primitivas que no son más que resabios de ignorancia e incultura. ¿Por qué hemos de seguir, pues, atentando contra la unidad nacional con esa costumbre bárbara y torpe? Ningún país lo hace. Sólo entre nosotros se entonan los himnos departamentales, en lugar de cantar el Himno Nacional boliviano que debe ser el único exaltamiento de la nacionalidad.



Cada departamento, encerrado en el feudalismo de su criterio colonial, cree que el amor a la patria consiste en alimentar un necio orgullo de campanario. El hombre de aquí piensa, dentro y fuera de su tierra, que su departamento o provincia es lo mejor que existe en todo el país. Si este sentimiento naciera, al menos, de una noble emulación con el fin de superarse el uno al otro, vaya y pase, pero no es así. Aquí se coteja el clima, la raza, los edificios o la calidad de un equipo de fútbol. Cosas pueriles, insignificantes. Y es que desgraciadamente carecemos de una conexión espiritual y material. Nos falta la comunión nacional entre los pueblos del sur y los del norte, entre el oriente y el altiplano. Mientras no tengamos ese espíritu nacional, fuerte y unido, jamás podremos sentir el verdadero patriotismo. Porque el sentimiento patriótico, ¿no es, acaso ese nexo irrompible de inteligencias y voluntades que constituyen la nacionalidad de un pueblo?

En los años de vida independiente que llevamos, la experiencia de esta amarga realidad nos viene enseñando —a través de severas lecciones— que tenemos que aunar más los vínculos nacionales. Nuestra historia abunda en revoluciones, cuartelazos, y guerras intestinas. Está llena de odios políticos y de vandalismo. Y cuando las energías de la Nación comienzan a mermar por los excesos cometidos contra la salud del pueblo, sobreviene entonces el derrumbamiento de las instituciones públicas y surge la anarquía en el país. Por eso nos ha hundido siempre la política. Hemos abandonado los deberes sagrados para con la Patria por seguir al caudillaje irresponsable e ignorante que no ha traído otro beneficio que la disminución de la propiedad territorial.

Ya es tiempo, pues, de que reaccionemos contra los males que amenazan de ruina el edificio nacional. Hoy es el momento de llevar nuestro patriotismo a la práctica, haciéndolo efectivo y sincero. Dejémonos de promesas y palabras. Para ser buen patriota no basta gobernar con inteligencia y honradez; no basta reprimir los abusos y la especulación: ni siquiera basta construir ferrocarriles, puentes y bibliotecas. Sólo se precisa trabajar, luchar y defender al país de los peligros internos y externos. No es con leyes ni decretos, sino con energía y acción, cómo se ha de salvar a este pueblo.

Aquí el individuo, a pesar de su alejamiento de la costa y su existencia a miles de metros sobre el mar, posee una vitalidad y resistencia que muchos pueblos no la tienen. El hombre vive aquí muchos años: es fuerte, sano y sufrido para la lucha por la vida. Lo que no sucede con los países intertropicales, como las Antillas, por ejemplo, donde la miseria fisiológica de sus habitantes llega a los extremos, siendo muy corriente el caso de que los niños nazcan veletudinarios o mueran en pleno desarrollo. Pero a esos países les falta la fuerza física. En cambio, el nuestro, adolece de la fuerza espiritual y moral. ¡Aquí hace falta patriotismo y nada más!...

Bibliografía

CARTA AL DIRECTOR DE "LOS TIEMPOS" SOBRE UNA NUEVA NOVELA NACIONAL

Por Mariano POMA

Acabo de leer la novela de don Enrique Soruco "Jillimani Achachilasa", recientemente publicada por la Imprenta Universitaria con discreta presentación tipográfica. Me permito dirigirle la presente carta con el objeto de que sirva de comentario o crítica a este libro, porque sería muy triste que pasen los días y nuestros formidables intelectuales cochabambinos no digan una palabra al respecto y quede don Enrique Soruco apenas con la satisfacción personal de haber publicado un libro, de que un par de libreros exhiban los ejemplares en sus vitrinas, cuatro gatos lo lean y nada más. Así es este pueblo infame.

Creo que la novela en cuestión se presta a interesantes observaciones de la vida social boliviana: las violentas contradicciones entre la minoría de blancos (representados por Soruco en la familia Abasolo) y la mayoría de aymarás (simbolizados en Juan Chuquimia); la odiosa dominación de los primeros sobre los segundos con la infinidad de problemas resultantes como son la imposición de un idioma extraño, la exaltación de los sentimientos religiosos y místicos como medio de embrutecimiento, el crimen como práctica impune, el cura, el látigo, la coca.

Mientras los Abasolo gozan de "las finas alfombras y pesados cortinajes, el lujoso salón con dorados muebles tapizados de raso, grandes espejos, consolas con tapas de mármol, lámpara de cristal y floreros de porcelana", Chuquimia vive en "la choza donde su madre hilaba diligente y el campo de cultivo en el que su padre, sus hermanos y él mismo pasaban los días encorvados sobre la tierra que labraban". Soruco pretende darnos una imagen bucólica de los amores de Chuquimia con una mujer Abasolo, una especie de fraternidad entre esclavo y señor, pero quizá ni el mismo autor ha notado la inmensa burla llena de odio que encierra esta comedia, y como de paso, casi sin darle importancia, nos revela su verdadero contenido, en el siguiente pasaje:

—"De pronto el indio se decide a hablar con Manuelita:

—Niña, ahora que tenemos nuestro hijo, no podemos vivir así. Tenemos que irnos los tres a la sayaña de mis padres. Yo tengo que trabajar mi tierra.

Manuelita se irrita, porque la despierta bruscamente de un dulce sueño, con la pretensión de someterla a sus deseos.

—¿Qué tierra? La sayaña no es tuya ni de tus padres. La sayaña es del patrón.

—Es mi tierra porque la he trabajado desde pequeño. Tenemos que irnos, niña.

Le habla con calma y con firmeza y Manuelita comprende que por primera vez, el indio está resuelto a imponer su voluntad. Esta idea va serenándola poco a poco y le hace ver que el hombre que creyó libre, está en realidad sometido a sus padres, a su familia, al patrón y al trabajo de la tierra. También por primera vez piensa con detenimiento en que se llama Chuquimia y le produce un hondo desagrado que su hijo pudiera llevar este nombre."

Y esto es lo que sucede en Bolivia: mientras el indio no discute acerca de la propiedad de la tierra, es un ser maravilloso, con el cual se puede tener todas las intimidades posibles, se puede hablar cariñosamente con él en su propio idioma. Pero no más. En cuanto surge la primera duda, el remedio es sencillo: "sal o ají molido en las heridas abiertas por el látigo."

En este aspecto, la novela de Soruco aborda el problema con profundidad más escabrosa y quiere explicarnos el amor de Manuelita por lo que nuestros magníficos intelectuales llaman "hondo aliento humano y telúrico". Humano, porque Manuelita quiere cambiar de sangre, o por lo menos se siente una india macanuda. Telúrico, porque Manuelita ama la leyenda del "viejo Illimani", del "Jillimani Achachilasa". En su caso se trata apenas de un apetito de ninfómana y de una pose literaria, que el mismo Soruco se encarga de descifrar expresando, para tranquilidad del lector, que el hijo tiene "la piel blanca de la madre". "Manuelita conduce su caballo por la hondonada donde conociera el amor. Después de penosa ascensión, llega a la cumbre del cerro que enfrenta al Illimani y murmura el nombre que ha ocupado su mente: Juan Chuquimia. El desencanto completo que le produce la hace pensar que ha cobrado conciencia, después de un largo período en que vivió ofuscada. Repite luego otro nombre y con la mirada fija en el Illimani, imagina la vida de su hijo: será un hombre libre, libre con ella, y se llamará Pedro de Abasolo"

Así son aquí las cosas. Los partidos políticos tienen el espíritu de Manuelita: coquetean con la indiada, hablan mucho de su influencia telúrica, de la raza india, pero cuando es llegada la hora de hacer algo por nuestra Patria o de apoyar las demandas de los campesinos, se descubre que no son más que parásitos adheridos al lomo de los indios y que han confundido el Illimani con la Casa Blanca. Los blancos se creen libres en Bolivia. No son. Mientras opriman a otros pueblos y vivan a expensas de los aymarás, quechuas y demás grupos nacionales, serán esclavos. Ya lo fueron de los españoles, de los peruanos, de los chilenos, de los ingleses. Ahora son de los norteamericanos, aunque para disimular la cosa se pongan el sombrero de la ONU. Sus mandones pursistas, piristas, movimientistas y otras fichas, no hacen más que dorar la píldora de la esclavitud.

Una última observación. Para rematar su novela, Soruco sigue, desgraciadamente, el camino trillado por Alcides Arguedas, Oscar Cerruto, Bothelo Gozálvez y demás farsantes, pintando una insurrección de indios. Cualquiera creería que abundando tantas insurrecciones en la literatura boliviana, los campesinos seguirían el ejemplo, perderían la paciencia y harían una de veras. Pero no es así. Son "insurrecciones", en el caso de Arguedas, por ejemplo, para vengar a una mujer violada; en el caso de Soruco, para defender a los Abasolo de otro Abasolo. Son "insurrecciones" de salón, muy finas, destinadas a dar "raigambre altiplánica y arrestos de izquierdista revolucionario y nacionalista a la obra y al autor. Pero yo les diré que estas farsas ya han pasado de moda y que ha llegado la hora de que los aymarás, los quechuas y los blancos de Bolivia se alcen contra la esclavitud, contra los colonizadores y sus lacayos.

La zarzuela española y la música popular boliviana

Muy confuso es el origen de las composiciones españolas puestas en música. Por otro lado, como el género tuvo analogías en todo el mundo, no puede considerarse privativamente español. El glorioso maestro Barbieri, en sus estudios sobre esta materia, afirma que "la zarzuela en España tiene una historia tan antigua como la de nuestro Teatro Nacional". Se señaló como la primera una de Lope de Vega titulada "La Selva sin Amor", y posteriormente otra de Calderón de la Barca, allá por el año 1628, pero debido a la absoluta carencia de datos, ya que se desconocen los comentarios que pudo merecerr, el título de la segunda y el nombre del autor o autores de las partituras, si no desecha la idea de su existencia, tampoco marcan la pauta del nacimiento en firme. Ello se produjo mucho después.

Lo indiscutible es que dicho género estaba llamado a arraigar poderosamente en el pueblo español, mientras en el resto del mundo se debatían en inútiles esfuerzos y vanas tentativas. Y, fué también España quien la distinguió y la hizo suya, dándole el nombre de "Zarzuela".

Zarzuela era, es — aunque actualmente está casi en desuso esta aceptación de la palabra — un caserío campestre, dedicado al recreo y esparcimiento de cualquier clase. Por aquel entonces, a principios del siglo XVIII, poseía una de estas fincas en El Pardo (pueblo cercano a Madrid y actual residencia del Jefe del Estado), el Cardenal Infante Don Fernando, y allí obsequiaba a sus amistades con bastante frecuencia a esta clase de espectáculos. De ahí que el asistir a su hacienda, a su "zarzuela", significaba presenciar la representación de alguna composición poética puesta en música, con más o menos pericia, a lo que tan aficionada era, en exclusiva, la realeza y la buena sociedad de aquellos tiempos, y bajo esa misma denominación de "zarzuela", entonces algo impropia, se agrupaban las de todas las formas, dimensiones y méritos.

Y, así, vivió algunas décadas la zarzuela española, para solaz de las clases privilegiadas, sin pena ni gloria, hasta que poco a poco fué evolucionando, despegándose de su primitivo origen cortesano, y captándose el favor, y por tanto la intervención del pueblo. De ese pueblo español que siempre se ha distinguido por su gracia y su entusiasmo hacia todo lo popular. A partir de entonces fué cuando nació definitivamente.

Y he aquí que cuando surgieron músicos castizos que supieron plasmar los tipos, el acento y el espíritu del pueblo, el fruto de su inspiración brotó fácil, exhuberante, y ahí está perenne, repartido en zarzuelas del género chico, que son, como su nombre indica, diminutas, a modo de porcelanitas de Sévres o miniaturas de Fortuny, pero con una esencia española tan jugosa y tan lozana, que las hace resistir como monumentos gigantescos los destructores envates del tiempo, con igual o mayor vitalidad que cuando se estrenaron.

Sus precursores o inspiradores, fueron, puede decirse, todos los componentes del pueblo. De él salieron en su totalidad los nombres gloriosos de sus creadores, tan cuantiosos como eminentes: Caballero, Usandizaga, Chueca, Barbieri, entre otros muchos.

A este grupo de figuras pertenecen, con puesto preeminente el maestro Ruperto Chapí, autor de esa maravilla del género que se titula "La Revoltosa", y Tomás Bretón, que compuso la partitura de la castísima "La verbena de la Paloma", cuyas milenarias reposiciones compiten ventajosamente con los fastuosos espectáculos modernos, en lo que se refiere a repletar el aforo de sus coliseos. Pues bien, ambos maestros —maestros en toda la extensión de la palabra— no tuvieron necesidad de ir a adquirir conocimientos de armonía fuera de las fronteras de su Patria, ni aún dentro, destacarse como primeros Premios del Conservatorio, ni siquiera pertenecer a la Sociedad: fueron por excelencia hijos del pueblo: porque sólo así siendo parte integrante de él, tenían las mismas ansias, los mismos afanes, el mismo sentir...

Y así fué, muy confuso su origen, y lenta en su evolución hasta que brotó raudo de un puñado de entusiastas y arraigó poderosamente en el ambiente popular. Entonces, ya emprendió otro rumbo... desde el que se pudo hablar ya con orgullo de un género lírico propio...

Está muy lejos Bolivia de este movimiento? Veamos:

Hemos escuchado complacidos, el Tercer Concierto del Coro Polifónico Nacional, presentado por la Asociación Lírica Boliviana, bajo la dirección del maestro Oscar Giúdice.

* * *

Una buena parte del programa lo integraba música nacional boliviana, cuyos números, muy del agrado del público, tuvieron que ser bisados en su mayoría.

El éxito de la audición constituye, además de un estímulo en el afán de superación para sus componentes, un orgullo para todos los bolivianos conscientes de la importancia del nacimiento de un género lírico propio.

Los defectos insignificantes, e inherentes de todo comienzo, de mímica y soltura —de brío si se quiere— quédanse para críticos intransigentes. Nosotros, al mirar el alcance, juzgamos sinceramente meritísima la labor del maestro Giudice, y la de los pomisores valores—auténticos ya algunos — de los componentes del Grupo Coral.

No es del caso hacer deferencias citando nombres, porque a todos les anima e igual medida el entusiasmo y el deseo de triunfar.

Cuando se deja de rendir pleitesía a lo extraño, porque se opone la propia creación; cuando se tiene la valentía de enfrentar una música balbuciente con otras seculares, porque se tiene seguridad del esfuerzo y de los méritos propios: cuando desaparece la ruín resignación de considerarse inferiores, porque hay algo elevado que alienta, entonces... ya se ha dado un gran paso hacia la meta.

¿Compositores? Variedad tiene Bolivia —y de gran talla algunos— capaces de reflejar en inspirados compases, las costumbres, el alma y el sentir de los hijos de esta tierra; el espíritu indomable, las danzas inimitables de sus indios, tan llenas de sabor: el lenguaje de sus quenas, la majestad soberana de sus cumbres, el rumor misterioso de sus lagos, y toda esa riqueza de matices del folklore de su suelo patrio, de lo que es tan pródiga Bolivia... Y tiene que ser así: brotar de un puñado de entusiastas y arraigar en el ambiente, en el alma popular para que se pueda decir con orgullo que es una realidad el nacimiento de un género lírico propio.

La Paz, febrero de 1952.

ANDRES MARIA CAÑETE CADENAS

¿POR QUE MADARIAGA DIFAMA AL LIBERTADOR?

Acaba de aparecer, publicada en un folleto bien presentado por los Talleres Gráficos de A. Gamarra, la conferencia sustentada por el Dr. Vicente Donoso Torres en el Auditorium de la Biblioteca Municipal "Mariscal Andrés de Santa Cruz", con los auspicios de la Sociedad Bolivariana de Bolivia, sobre la obra "BOLIVAR" de Salvador de Madariaga.

Este Suplemento de EL DIARIO tuvo la primicia en la publicación de esta conferencia cuya importancia, por la oportunidad y el acierto de sus argumentos para destruir las torcidas y falsas apreciaciones de la vida y obra del Libertador, de aquel connotado ensayista, hizo resaltar.

Hoy tenemos el agrado de transcribir una de las muchas cartas de congratulación que recibe nuestro estimado colaborador. Ella viene del distinguido historiógrafo limeño Dr. Néstor Puertas Castro, Miembro Correspondiente del "Centro de Estudios Históricos Militares del Perú" y autor de libros interesantes como "José Domingo Choquehuanca", "Complemento al Régimen Representativo por el ciudadano Dr. don J. D. Choquehuanca" y "El General Francisco Vidal, Prócer de la Independencia Americana".

En la parte saliente de la correspondencia dirigida a don Vicente, dice el Sr. Puertas Castro:

"Al felicitarle sinceramente por su brillantísima conferencia del 29 de noviembre, le expreso afectuosamente que me he permitido publicar, en "El Comercio" de esta Capital (Lima), algunos párrafos de ella.

"Comparto sus opiniones, querido maestro, y cada vez que leo algo suyo siente mi corazón mayor aprecio y admiración hacia usted. Lo que ha escrito en su refutación a Madariaga será colocado en las antologías bolivarianas como una pieza maestra, al igual que las de Martí, Rodó, Blanco Fombona, Montalvo, Leguía y Martínez. Y, sobre todo, el generoso aliento americanista que de ella emana, hace que se le admire aún más.

"Ha enriquecido usted la literatura bolivariana y merece por ello bien de la Patria Bolivariana, así dicho en singular como lo soñara Bolívar, el Libertador por antonomasia, el Héroe Epónimo como usted y la Historia lo llaman. Mis felicitaciones, una vez más, y dispense usted mi decisión al dar a conocer en mi Patria, que es la suya y de todo espíritu bolivariano, algunos fragmentos de su bella oración. Alguna vez la haré publicar íntegra en una de las revistas de historia y letras del Perú, a fin de que se conozca en toda su hermosa y acabada perfección".

(Viene de la pág. 2.)

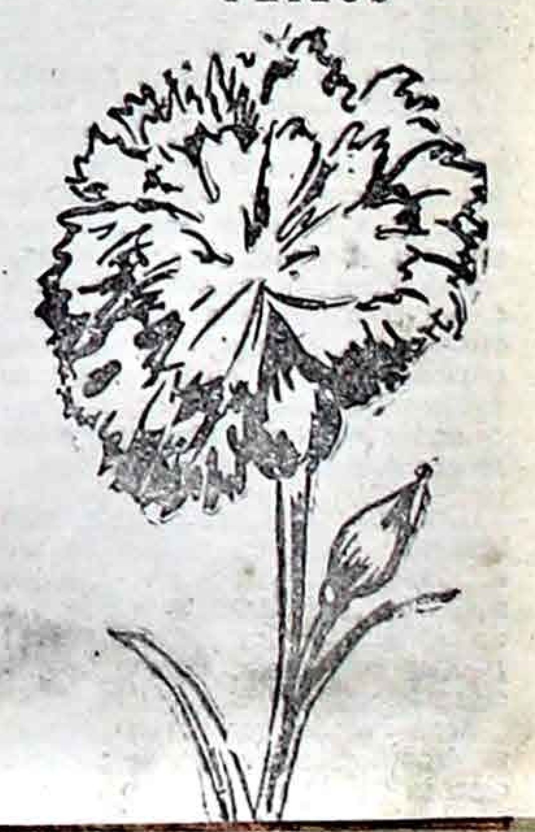
límite alcanzado por los blancos. Estaba convencido de que encontraría vestigios de Atlántida, el continente sepultado en los mares.

Exploraría las fuentes del Xingú y del Tapajoz, para dirigirse luego al norte donde los indios aseguraban que existían dos ciudades mayas, que se remontan a una época anterior a la de los fenicios y egipcios. Obtendría pruebas históricas de que vivieron las Amazonas, mujeres guerreras, indomables, reinas de ese inmenso territorio. Guardaban jóvenes prisioneros por tiempo determinado. Estos y los hijos hombres eran sacrificados hasta que llegara el tiempo de su forzoso reemplazo.

En una carta dirigida al explorador Reyes en abril de 1924, un año antes de su desaparición, Fawcett obtendría sorprendentes revelaciones. Conforme a un documento fechado en 1753 que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro se habla de una ciudad prehistórica, sepultada en las selvas brasileñas, en cuyas casas penetraron los exploradores portugueses del siglo XVIII.

la luz de la investigación, desapareció el famoso explorador inglés, Coronel P. H. Fawcett.

PHILOS



EN EL ANIVERSARIO DOMINICANO

UN CREADOR DE LA PAZ

Por ABELARDO R. NANITA

Dicen que los pueblos son olvidadizos; que el dolor pasado, las tribulaciones de otros días las penurias y los sobresaltos que tanta amargura causaron y tantas lágrimas hicieron derramar, pronto se olvidan en las épocas de prosperidad. Cierto. Eso es así; pero no por indolencia, sino más bien por esa muy humana facultad de adaptación y acomodamiento a cualquier condición mejor que posee el hombre. A cuanto resulta bueno, agradable, o cómodo; a cada nueva conquista de la ciencia; a todo progreso humano; al ferrocarril, al trasatlántico, al teléfono, a la radio, al aeroplano, el hombre se acostumbra y adapta rápidamente, como si toda la vida hubiese gozado de esos adelantos.

El sufrimiento, los largos viajes a caballo por los caminos intransitables de otras épocas; las privaciones, las angustias y zozobras sufridas; el sobresalto de los tiros, las prisiones injustas, el holocausto sin gloria de tantas vidas preciosas se borran de la mente humana, como cosa transitoria, como dolor de paso, que casi no dejó huellas. Por muy profunda que fuera la herida, apenas quedó una cicatriz. Esa prodigiosa facultad de recuperarse, de olvidar pronto, tanto en los individuos como en los pueblos, es la obra subconsciente del optimismo, innato en el ser humano, que deja a un lado todo cuanto entristezca, desgaste energías y socave fuerzas, y oculto tras la misericordia del olvido, enciende en el espíritu humano una perenne antorcha de esperanza.

Sin embargo, el pueblo dominicano, en este período de plena exultación, de gran progreso material y de gran elevación moral; en esta época de transformaciones trascendentes, en las cuales desarrolla sus inagotables energías, emprende la explotación de sus innúmeras riquezas y dedica todos sus esfuerzos al trabajo productivo; en estos tiempos en que gracias a Trujillo se ve el país cruzado de una parte a otra por amplias correteras; sus puertos de mar perfeccionados a toda capacidad; detenidos sus ríos para formar nuevos canales; sus tierras saneadas; su agricultura en auge; su comercio floreciente; su población creciendo a paso agigantado; su derecho respetado, afirmado el orden y enraizada la paz, no ha olvidado aquella época luctuosa, aquellos años terribles, de inenarrables sufrimientos; no ha olvidado aquellos días angustiosos de los fusilazos en la encrucijada; de las prisiones arbitrarias; de los asaltos; de todo el horror de las guerras intestinas; cuando la espada de la discordia, dando saltos en la manigua tronchaba en flor todo intento de progreso y organización; en que el machete de faena era un sable de campaña; en que a la tierra no se le habrían surcos para sembrar, sino para enterrar cadáveres de hermanos; en que los campos languidecían estériles, por falta de los brazos que la revuelta acaparaba; en que el trabajo carecía de alicientes, ya que su producto estaba a merced del primer guerrillero armado; en que nadie tenía seguridad, ni garantía, ni sosiego, ni fe, ni paz.



Excmo. Dr. RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO M., Presidente de la República Dominicana



Doña MARIA MARTINEZ DE TRUJILLO, Primera Dama de la República

No; el pueblo dominicano no ha olvidado; no puede olvidar nunca aquellos años trágicos y dolorosos, en los cuales padecían toda clase de martirios: la patria invadida, su soberanía menguada, ultrajada su bandera, su suelo empobrecido. Por eso su agradecimiento, su amor, su devoción a Trujillo no conoce límites. Su gratitud para él es inmensa. Porque Trujillo le dió paz.

Las espontáneas manifestaciones de solidaridad reelecionista publicadas por comerciantes, industriales, profesionales, obreros y campesinos son la viva expresión de sentida ansiedad popular. El pueblo dominicano sólo cree en Trujillo.

Y es porque tienen en Trujillo, un Haber inestimable, que pocos pueblos poseen en esta hora de angustia que atraviesa el mundo. Sus grandes conocimientos en todos los ramos administrativos; la vasta experiencia adquirida en más de veinte años de dirigir la cosa pública, el respeto, mezcla de cariño, admiración y paternal temor que le tienen sus subordinados; el ardoroso entusiasmo que su presencia despierta en las masas populares; su conocimiento íntimo de los hombres que de un modo u otro actúan en la política, (amigos o enemigos, dominicanos o extranjeros); su extenso y profundo conocimiento del país, el cual ha recorrido personalmente de un extremo a otro en varias ocasiones, no habiendo una sola común que no haya visitado; su hondo y probado sentido de justicia y el profundo conocimiento del medio en que actúa, son valores inapreciables que ningún otro, absolutamente ningún otro dominicano posee hoy y que ninguno ha poseído jamás, y de los cuales el país no puede prescindir en los próximos años.

Y el amor, la devoción, y la lealtad del pueblo a Trujillo, se debe principalmente a que el pueblo sabe, sin necesidad de que nadie se lo diga, que es sólo a Trujillo a quien debe su bienestar, su prosperidad, su tranquilidad y sobre todo: su Paz.

Puede decirse, con toda propiedad, que la paz pública no ha sido alterada desde que el Presidente Trujillo subió al Poder. Los dos o tres alzamientos ocurridos en el país en los primeros días de su Gobierno y recientemente la intentona de invasión realizada en Luperón,, quedaron circunscritos y localizados en una pequeña porción del territorio, y el enemigo sorprendido en su escondite, fué cercado y destruído en menos tiempo del que antes tardaban en llegar, a la manigua en armas, los batallones del Ejército. Ni siquiera los mismos habitantes de la sección, teatro de los sucesos, dejaron sus ocupaciones habituales. Fuera del punto mismo del combate, el resto del país siguió en paz.

La firmeza y solidez de esta Paz de Trujillo ha resistido todas las pruebas según ha quedado evidenciado las veces que él ha abandonado al país por largo tiempo para viajar a Europa y Estados Unidos, sin que se haya registrado, caso raro en la América, la más pequeña alteración política.

Y es que la Paz de Trujillo no es únicamente, como ha sido el caso con otros gobernantes, una paz impuesta por las armas. Es algo que ha echado profundas raíces, que se ha adentrado hasta lo más hondo, en el alma de los dominicanos. Esa Paz, que el patriótico esfuerzo del Presidente Trujillo ha mantenido en la República, no es exclusivamente la paz que lleva consigo el sostenimiento del Orden Público; paz negativa y estéril que sólo consiste en la cesación de motines y revueltas intestinas, sin desarraigar del fondo mismo de la sociedad las perturbadoras causas que las motivan; sino que es la Paz bienhechora y fecunda, pródiga en bienes materiales y espirituales, del hombre de trabajo; paz del campesino que cultiva la tierra y espera recoger, en la seguridad de su hogar, el fruto de su esfuerzo; paz del jornalero que ve disminuídas sus horas de trabajo y aumentado su salario; paz del ciudadano honrado, del hombre, del padre de familia, que se entrega a su faena cotidiana sin temor de asonadas ni asechanzas, ningún otro temor, en fin, que el santo temor a Dios, a la ley y a su conciencia; paz de la mujer dominicana que en vez de llorar la desventura de las guerras fratricidas, se ve ahora elevada, de su humillante condición de inferioridad, a la exaltada y emuladora condición de ciudadana; paz del niño y del adulto que pueden entregarse ahora al estudio de su ciencia y su arte preferidos o al esparcimiento en su deporte favorito, sin tener la mente envenenada por odios de partido; paz de todo un pueblo, que habiendo roto con las bochornosas ligaduras del pasado, se encuentra por fin en el completo goce de su soberanía integral, hasta el mismo límite de sus fronteras, en plena actividad creadora y progresiva, lleno el corazón de entusiasmo y esperanza con las halagadoras perspectivas que ofrece el porvenir.

Las inapreciables ventajas que esta Paz interna creada por Trujillo ha proporcionado a la República y de cuyos espléndidos resultados se aprovecharán con mayor utilidad las generaciones venideras, crea también para ellas, lo mismo que para nosotros, la grave y tremenda responsabilidad de mantenerla y conservarla a todo trance sin omitir sacrificios, como un supremo legado de honor. Debemos mantenerla y conservarla para que sus incontables e inmensos beneficios, que han hecho posible nuestro presente progreso, se tornen pedurables, a fin de que esta gloriosa obra de Trujillo quede para siempre asegurada. Que mañana se pueda seguir diciendo, como lo dijo Trujillo en una ocasión memorable: ¡La República Dominicana es una nación absolutamente libre, absolutamente independiente y absolutamente soberana!

ENTRE DOS MIEDOS

Por CESAR NICOLAS PENSON

(Cuento)



S. S. Dr. Hugo José Villanueva, Encargado de Negocios en Bolivia.

EPISODIO

¡Cuadro temeroso aquel!

Figúrate que había tiros por un lado y cólera por otro.

Semejante época, por estas especialidades, merecería ser calificada así: la del cólera, el sitio y el cambalache.

Porque de todo eso había, con el favor de Dios.

Teníamos, además, un hambre macha; y se dieron casos en que por comer yuca amarga, unas mujeres, y no advertirlo, se las llevó el demonche, esto es, que se envenenaron.

Era hacia 1868, en mi tiempo, y puedo contarlo sin consultar oráculos ochentañales, y una de las tantas revueltas que como decoraciones de teatro dábamos al mundo en espectáculo casi diariamente, había venido a sitiar la Capital heroica en cañonazos clásicos.

Corre que te cogen. Limpia que te limpian los fuertes de yerbajos y otras menudencias no muy bien olientes, y levanta que te levanta rancherías, y a la carrera rueda que rueda cañones de todos tamaños, calibres, metales, épocas y nacionalidades para apuntar en las almenas a los **guayabos** de Galindo, a los bohíos de San Carlos y a las montuosas rocas de Pajarito, enemigos obligados de la artillería de la muralla desde que había moros en la corte, y no otros que ellos **pagaban la jaba que el burro se comió.**

Naturalmente, los adversarios del desgobierno reinante estaban **mal hipotecados**, y tenían que recatarse mucho o meterse en un consulado (asilarse) o estar bien ocultos cerca de las paredes de algún patio que fueran domables, para volar.

Uno de éstos, connotado **rojo baecista** estaba en peligro de ser cogido, aunque no hacía mucho que acababan de soltarle de la cárcel y de aliviarle de los grillea. ¡Vaya! ¿Quería salir mejor librado un facineroso político?

Aconsejáronle que por las noches prudentemente se arrimase a cierta casa en que había un largo palo de [illegible] to es, un consulado, el norteamericano por más señas.

Y así lo hacía. ¡Hem! ¡pues no!

El cólera causaba estragos, las carretas de muertos cruzaban la ciudad, y los gritos de los dolientes se confundían con las balas de fusil (por dicha que eran de fusil) que silbaban ya como una serpiente, ya como un moscardón.

A esta música hacían coro el cañoneo de los fuertes y la miseria que se comía a la gente.

Esa administración, la del General Cabral, había sido señalada por dos mil calamidades; y de ahí que los agüeristas creyesen fatales gobiernos los en que ocurrían ellas, y por desgracia, porque en el mundo ha de andar todo al revés, eran los **azules** los que tales loterías se sacaban, parece que por burlas de la suerte o sabe Dios qué; pues eran ellos los que en el tejemaneje de la politiquilla ésta representaban nada menos que los principios, como liberales y progresistas, lo que no les impedía inventar sabrosas **ruedas de presos**, siempre opuestos al personalismo y banderías que de antaño nos venían con las rotulatas **de santanismo, baecismo, jimenismo**, et sic de coeteris.

En la colección nada faltaba: el sitio, el hambre, una tormenta mayúscula, el cólera ¡hasta el cólera, señor! y... el cambalache.

Las papeletas habían traído la ruina y la ruina el cambalache, el cambalache... sabe Dios lo que traería ¡Pero siempre con los **azules** en el gobierno había esperanzas de algo! Sé que fué muy **azul**, y a mucha honra.

Antes del sitio había empezado el cambalache.

Traían los campesinos sus vituallas, y pedían por ellas plata o cambalache; como quien dice oro o su equivalente.

Tan escasa andaba la carne, que no se permitía vender más que una librar por cabeza; y había quien con esta ración tuviese en su casa, además de larga familia, unos dieciocho (dieciocho contados, sin exageración) dieciocho gatitos que una joven de la casa tenía la humorada de alimentar en pleno sitio. Y que no había medido de disuadirla de tan costosa afición.

"—Qué mira, que la carne está tasada, que es una desconsideración de tu parte, que esos gatos importunan demasiado, que esto, que el otro".

Nada.

Venía un campuno con gallinas para trocarlas por gatos, buen comercio que se ha hecho siempre aquí, pues la gente del campo busca esos animalitos para limpiar de ratones las heredades, o sean conucos; y la dama gatesca decía con aire desdeñoso que ¡cuándo iba ella a cambiar sus gatos por gallinas! que sus gatos eran de muy buena estirpe, con otras gallardías por el estilo. Y cata ahí al amo de casa hipando tras los bofes y las asaduras que conseguían en la plaza para que comieran los señores felinos; y dice él con mucha gracia que se nublaba el corredor de los susodichos con una música wagneriana.

Al toque de oraciones, nuestro hombre, candidato del **Indio** o del **Cuarto del pañuelo**, separábase con pena de su familia, temiendo a la epidemia, a las balas y a un atropello, y se dirigía a casa del señor Cónsul.

El señor Cónsul se llemaba Mister Smith.

Era un viejecito de elevada talla, la faz coloradota y arrugada, poblado lo que quedaba de cráneo cubierto, de largos cabellos blancos; risueño, amable, conversador, y algo cariñoso con la botella.

Vivía en los altos de una casa grande, calle de Las Mercedes, cerca de la capilla de Los Remedios, a la izquierda viniendo de ella, o sea del Este.

Le acompañaba un hijo, de nombre Jaime.

¡El pobre Jaime! Era mi amigote cuando yo niño. Por el estilo de su padre, su bondadoso carácter, algo bonachón, hacíale querer de cualquiera.

Cara redonda ojitos vivos, pelo entrerrubio, nariz roja, bajo de talle y regordete: tal era Jim.

Pereció en el mar, por efecto de un golpe de viento que impulsó a un lado la botavara la cual le alcanzó arrojándole magullado al agua.

Nuestro político en salmuera, como dizque han sido los de por acá, salía con recelo de su casa; inspirándole miedo la pesada atmósfera que al decir de él podía partirse con cuchillo, el cruce de las carretas llenas de muertos del cólera, los gritos, los tiros y las patrullas.

Iba pues con espantados ojos esquivándolo todo, hasta su sombra, y llegaba al consulado a cumplir su penitencia, poniéndose **en salvito.**

Mister Smith, que siempre reía mucho y bonachonamente, salía al pie de la escalera a recibir, frotándose las manos, a su amigo el asilado nocturno, y contra la formalidad sajona, le echaba el brazo por el cuello para conducirle a la sala.

Cerca del Capitolio la roca Tarpeya.

Cerca de la escalera, la botella, había que decir en prosa rimada y mala, como son los más de los versos latinoamericanos.

Esto era lo común; lo extraordinario ahora vendrá.

Sentábase en la sala, cerca de una de las puertas del largo balcón, que tanto afean nuestras casas, y allí empezaba la retahila.

Entre mascullar frases, porque a Mr. Smith le faltaban los dientes, y mascar la cola del tabaco, podían impunemente transcurrir para el buen viejo Cónsul las noches de claro en claro y aún los días de turbio en turbio.

Pero Mister Smith no conversaba solamente con el interlocutor que tuviera.

A lo mejor llamaba a Jim, le decía algo, le interpelaba y le despedía luego. Y Jim se iba otra vez a leer las sábanas del **Herald**, el **World** o el Sun al cuarto frontero a la escalera que servía de refectorio, santuario del alcohol.

En semejantes pavorosas circunstancias, Mister Smith estaba fuera de su centro.

No se reconocía.

Había perdido la mitad de su alegría, su boca estaba algo contraída y sobre su calva posaba una a modo de mancha, cual importuna mosca, que era constante preocupación y pesadilla.

Por el espíritu del viejo Cónsul, siempre bonancible e igual, pasaba una cosa extraña.

El miedo, un miedo serval acongojaba a Mister Smith.

—A great dreaad, (1) habría podido responder a quien le preguntase con interés qué tenía.

El demonio del cólera y aquellas malditas balas no dejaban un instante de tranquilidad a Mister Smith.

Y era una lástima.

Porque Mister Smith comía bien, sobre todo los **planting** (guineos) a que es aficionada la gente del Norte, como al azúcar las moscas, y no pocos apuros les han causado en estas latitudes. Antes falta el pan en la mesa de un hijo de Uncle Sam que los guineos, y por las calles de sus enjambradas ciudades cómenlos corriendo, floreando de cáscaras las aceras para que se despatarre el que ande mirando las nubes.

Los **planting**, pues, que Mister Smith saboreaba con delicia, hubieron al fin de acarrearle en casa del mismo Presidente de la República, señor D. B. Báez, un incidente muy chusco que no se puede referir aquí.

Y desde que se le ocurrió haber sitio y cólera, adiós apetito y adiós **planting**, los cuales se podrían colgados en sus racimos que el refectorio ornaban.

Entonces lo que menudeaba era el aguardiente, a **vasos**, no a tragos, porque dizque era contra la epidemia, y por el uso y el abuso, que rara vez tiran por opuestos caminos, hasta panacea universal era.

Y con esto no hay que decir, que los alambiques andantes se habían ellos solos convertido por sí y ante sí en boticas bien provistas de tal remedio de patente.

Que llegaba nuestro asilado.

Sentábanse tempranito a departir sabrosamente en inglés, porque Mister Smith chapurraba el español, lo vidados por un momento de lo que los rodeaba; sin embargo de que la primera pregunta del viejo Cónsul era:

—¿Muchos muertos, eh?

—Muchos muertos, contestaba el otro.

Pero daban por ejemplo las ocho, y empezaba el tiroteo.

De Pajarito rociaban balas como habichuelas.

¡Díganme! La casa que estaba allí pegadita a veinte pasos justos de la orilla del río...

Pin, pun, **shis, shis, fleen...** Y refrendaba acto continuo un cañonazo de a folio como para ti que soltaba la pieza de a veinticuatro del fuerte del Almirante, en que se alza el alcázar de D. Diego Colón, y el obús de San Diego. Ambos baluartes quedaban sobre esta margen del Ozama.

POESIA DOMINICANA

El Acto

Se hallaron sin querer. Ella venía
con un cántaro pleno en la cadera
y una rosa en la oscura cabellera.
El, el de siempre, el Hombre, padecía

una dulce y sensual melancolía
al mirarla perderse en la pradera
con el agua y la rosa tempranera.
¿Amor? ¿Instinto? No lo sé... Y un día

de los nevados muslos ardorosos
nació un ofrecimiento. Temblorosos,
en el momento efímero y nupcial

fueron sus cuerpos rígidos, jadeantes,
dos vivos eslabones forcejeantes
de una vieja cadena inmemorial...

LIGIO VIZARDI

Vida!

Vida, los dados a querer no comprenderte,
vivos y al parecer extraños a tu expresividad,
no ven en lo diverso tu universo.
Conformarse contiguo como tú eres,
es vivir.
Tú eres ahora otra
cual fuiste otra ayer y otra serás mañana;
siempre varia y rebelde
con la uniformidad.
Obscuro, claroscuro, claro;
luz, medialuz, falta de luz;
una fuga perenne del día hacia la noche;
una loca carrera de la sombra a la luz.

Y en ese anillamiento de matices
se acopla todo:
beso, suspiro, grito, lágrima, agonía,
fracaso, acierto, triunfo y exaltación.
Pero eres sincera, Vida,
en brindarnos tu clave para que la sigamos;
en mostrarnos tu esencia para nuestro realismo;
en no ofrecernos sólo tu vino, sino tu vinagre.

Ni avara de tu miel ni de tu absintio;
y con ese valor, con esa valentía
de entregarnos la rosa
sin arrancarle un pétalo siquiera;
pero tampoco un dardo hiriente,
por el común derecho del pétalo y la espina
a ser imagen de la flor.

Si al abismo caemos,
¿a qué el grosero apóstrofe al abismo,
irresponsable de nuestra imprevisión?.
Si a la cima llegamos,
¿a qué pensar que el vaho de tierra honda
no trascienda hasta allí?

Vida, te quiero como eres:
conflictiva e idílica,
dramática y hermosa,
señorial y plebeya,
inquieta y vagabunda:
¡como eres!...

R. EMILIO JIMENEZ